

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

Gracias por haberte muerto

Este 1° de junio lo dediqué a celebrar un cumpleaños. No tenía la tradicional torta con velitas y siendo el único participante de la celebración, no me pareció oportuno entonar el "Happy birthday". En cambio, busqué el portafolio de sus fotografías, los videos de sus películas y el compact con sus canciones. Fue mi forma de recordar, en el día de su cumpleaños, a la mujer a quien admiré y deseé durante dos décadas, al igual que millones de hombres de mi generación: Marilyn Monroe.

Mientras escuchaba su genial interpretación de la canción de Cole Porter "My heart belongs to daddy", traté por enésima vez de definir dónde residía el secreto de su encanto. Otras actrices eran o habían sido más hermosas que ella, con mayor talento histriónico, con mayores atributos para convertirse en el símbolo sexual de su época, pero ninguna pudo transmitir -y ahí estaba, tal vez, la clave de su seducción- tanta frescura, tanta inocencia perversa.

Quise ver mi película predilecta. Pero, ¿cuál sería? ¿"El príncipe y la corista", que interpretó con Lawrence Olivier? ¿"Una Eva y dos adanes"? ¿"Bus stop"? No, ninguna de esas. Seleccioné para poner en mi

videograbador "La comezón del séptimo año". ¿Cuántos hombres en el mundo no habrán soñado, viendo esas imágenes, con encontrarse en la misma situación de Tom Ewell, ocasional viudo de verano, que descubre que su vecina es esa rubia sensacional? Detengo la película en la escena en que Marilyn en medio del sofocante calor del verano neoyorkino se detiene en la ventilación del subterráneo y cuando el tren pasa bajo ella, su amplia falda blanca se levanta exhibiendo sus piernas perfectas. En la historia del cine debe haber contadas imágenes que han permanecido en el recuerdo de los espectadores. Esta es una de ellas.

Recuerdo a los hombres que la poseyeron. No siento ni envidia ni celos por Tony Curtis, Yves Montand, Don Murray, Arthur Miller y



tantos otros. Más bien experimento admiración por quienes hicieron realidad los sueños ocultos de tantos hombres anónimos. Y si es verdad que John F. Kennedy fue su amante, es un nuevo mérito que habría que agregar a su larga lista de logros. Sin embargo, de todos los hombres de Marilyn, el que concita mis mayores simpatías es Joe di Maggio, con el cual se casó en 1954

para divorciarse sólo meses después. Pero Di Maggio fue quizás el único hombre que la amó realmente. Se mantuvo en la sombra mientras los éxitos y los amantes de Marilyn se multiplicaban, para volver a aparecer el día de su muerte, haciéndose cargo de sus funerales.

Y en ese día de nostálgicos recuerdos, no puedo menos que acordarme de la oportunidad que tuve de tener un contacto directo con ella. Fue durante una conferencia que daba Arthur Miller, a la sazón su marido. Yo, admirador y discípulo del gran dramaturgo norteamericano, no quise perderme su conferencia. Llegué temprano al teatro de Broadway donde hablaría Miller. La sala comenzó a llenarse hasta que sólo quedó un asiento disponible: el que estaba a mi derecha. De pronto llegó Marilyn, avanzó por el pasillo buscando dónde sentarse, lo vio y pidiendo excusas fue aproximándose a

mí mientras los demás asistentes de mi fila se levantaban para darle el paso. Era verano, igual que en "La comezón del séptimo año", ella llevaba un vestido sin mangas, yo una camisa de manga corta. Y mientras mi maestro y su marido disertaba ¿de qué habrá hablado? Yo sólo estaba pendiente de la sensación de mi brazo rozando su brazo. La mirada de ella fija en su marido; la mía fija en su rostro.

Leo la biografía de Marilyn Monroe y advierto que nació el 1° de junio de 1926. Si estuviera viva estaríamos celebrando sus 70 años. No me la puedo imaginar. Rechazo la imagen que se me sobrepone a su fotografía de calendario esplendientemente desnuda. Su rostro y su cuerpo sometidos a múltiples cirugías estéticas, su cara convertida en una caricatura surcada por arrugas indisimulables, sus senos caídos, sus piernas tal vez con várices, su pelo mustio de tantas tinturas, su sonrisa congelada.

¡Qué bueno que nunca nadie te haya visto así, Marilyn!

Y guardando el portafolio, los videos y el compact disc, sólo atino a murmurar: "Gracias, por haberte muerto, Marilyn".